
ADIOS.

AL PRÍNCIPE FEDERICO SCHWARZENBERG.

— ¡Vamos, diputado del centro, adelante! Se trata de marchar á paso redoblado si es que queremos sentarnos á la mesa al mismo tiempo que los demás! ¡Arriba! ¡Salta, Marqués! ¡Ahí ahora! Bien. Salvais los surcos como un verdadero ciervo.

Quien pronunciaba tales palabras era un cazador sentado sosegadamente en una linde del bosque de la Isla-Adam, y que acababa de fumar un veguero, mientras esperaba á su colega, extraviado sin duda largo rato, en los matorrales del bosque. A su lado, cuatro perros jadeantes miraban como él al personaje á quien hablaba. Para comprender cuán burlonas eran estas alocuciones á intervalos repetidas, es preciso decir que el cazador era un hombrecillo grueso, cuyo vientre abultado era indicio de una robustez verdaderamente ministerial. Por esto zaqueaba con dificultad por los surcos de un vasto campo re-

cien segado, cuyos rastrojos embarazaban grandemente su marcha. Además, para colmo de males, los rayos del sol le herian oblicuamente el rostro, bañándole de gruesas gotas de sudor. Preocupado con guardar el equilibrio, se inclinaba tan pronto hácia adelante como hácia atrás, imitando así los vaivenes de un coche traqueteado con violencia. Era este día uno de esos del mes de Setiembre en que acaban de madurar las uvas bajo la acción de un calor ecuatorial. El tiempo amenazaba tempestad. Aunque grandes espacios azulados separaban aún hácia el horizonte espesos nubarrones negros, veíanse pardas nubes que avanzaban con pavorosa rapidez, extendiendo de Oeste á Este un ligero velo gris.

Como el viento no soplaba más que en la alta region del aire, la atmósfera comprimía hácia las hondonadas las cálidas emanaciones de la tierra. Rodeado de enmarañados y altos bosques que le quitaban el aire, el valle que el cazador franqueaba estaba á la temperatura de un horno. Ardiente y silencioso, el bosque parecia sediento. Los pájaros, los insectos estaban mudos, y las cimas de los árboles se inclinaban apenas. Las personas que recuerden todavía el verano de 1819 tendrán lástima del pobre ministerial, que sudaba sangre y

agua para reunirse á su bromista compañero. Éste, siempre cigarro en boca, habia calculado, por la posicion del sol, que serian próximamente las cinco de la tarde.

— ¿Dónde diablos nos encontramos? dijo el cazador grueso, enjugándose la frente y apoyándose contra un árbol del campo, casi enfrente de su compañero, pues no se sentia con fuerzas para saltar el ancho foso que los separaba.

— ¿Y me lo preguntas á mí? dijo riéndose el cazador, recostado sobre los altos yerbazos amarillentos que coronaban el declive. Despues, tirando al foso la punta de su cigarro, exclamó: — ¡Juro por San Huberto que no vuelvo á aventurarme en un país desconocido, en compañía de un magistrado, siquier sea como tú, mi querido Albon, mi antiguo camarada de colegio!

— Pero, Felipe, ¿es que no entiendes lo que se habla? Tú has dejado el talento en Siberia, replicó el hombre grueso, á tiempo en que dirigía una mirada tristemente cómica á un poste colocado á cien pasos de distancia.

— Comprendo, respondió Felipe, que agarró su fusil, se levantó de repente, se lanzó al campo de un salto y corrió hácia el poste. — ¡Por aquí, Albon, por aquí! Media vuelta á la izquierda; gritó á su compañero, mostrándole por señas una ancha

vía empedrada. *Camino de Baillet á la Isla Adam!* repuso. En esta direccion hallaremos el de Cassan, que enlaza con el de la Isla Adam.

— Es verdad, mi coronel, dijo el señor de Albon, encasquetándose una gorra con la que se habia dado aire.

— Adelante, pues, mi respetable consejero, respondió el coronel Felipe, silbando á los perros, más obedientes á él que á su dueño el magistrado.

— ¿Sabes, querido Marqués, añadió el chocarrero militar, que áun tenemos que andar dos leguas? Debe ser Baillet aquella aldea que se ve allá abajo.

— ¡Gran Dios! exclamó el Marqués de Albon, puedes ir á Cassan si te place, pero irás solo. Yo prefiero esperar aquí, desafiando la tormenta, á que me envíes un caballo desde el castillo. Tú te has burlado de mí, Sucy. Nuestro plan era realizar una partidita de caza, no alejarnos de Cassan, huronear por las tierras que conozco. ¡Bah! y en vez de divertirnos me has hecho correr como un galgo desde las cuatro de la mañana, sin que hayamos almorzado más que dos tazas de leche. ¡Ah! si alguna vez llegas á tener un pleito en el Tribunal, te le hago perder, aunque te sobre la razon por encima de los pelos.

El desanimado cazador se sentó sobre uno de los mojones que había al pié del poste, se desembarazó del fusil, del morral vacío, y lanzó un suspiro prolongado.

— ¡Francia, mira tus diputados! dijo riéndose el coronel de Sucey. ¡Ah! pobre Albon, si hubieras estado como yo seis años en el fondo de la Siberia.....

Sin acabar la frase levantó los ojos al cielo, como si sus desgracias fueran un secreto entre él y Dios.

— Ea, marchemos, añadió. Si permaneces sentado eres hombre perdido.

— ¿Qué quieres, Felipe? Es antigua costumbre de magistrado. Palabra de honor, que me siento molido. Si al ménos hubiese matado una liebre!

Los dos cazadores ofrecían un raro contraste. El ministerial, de edad de cuarenta y dos años, no representaba más de treinta, mientras que el militar, que sólo tenía treinta, parecía de cuarenta. Los dos estaban condecorados con la roseta roja, atributo de los oficiales de la Legion de Honor. Algunos mechones de cabellos, mezcla de negro y blanco como el ala de una urraca, salían por debajo de la gorra del Coronel, al paso que unos hermosos bucles rubios ornaban las sienas del Magistrado. El uno era de elevada estatura, seco, delgado, ner-

vioso, y las arrugas de su blanco rostro delataban terribles pasiones ó espantosos sufrimientos; el otro tenía una cara rebosando salud, jovial y digna de un epicúreo. Ambos estaban atezados por el sol, y sus largas polainas de cuero leonado llevaban señales de todos los fosos, de todos los pantanos que habían atravesado.

— Vamos, exclamó el Sr. de Sucey, adelante, en ménos de una hora estaremos en Cassan, delante de una buena mesa.

— Preciso es que no hayas amado jamás, contestó el Consejero con aire lastimeramente cómico, para ser tan inexorable como el artículo 304 del Código Penal.

Felipe de Sucey se estremeció violentamente, su rostro se tornó tan sombrío como lo estaba el cielo en aquellos momentos. Aunque un recuerdo de espantosa amargura crispó todas sus facciones, no derramó una lágrima. Semejante á los hombres fuertes, sabía rechazar sus emociones al fondo de su corazón, y como muchos de carácter puro, sentía una especie de impudor en manifestar sus penas cuando no basta la palabra humana para expresar su profundidad, y cuando se teme la burla de los que no quieren comprenderla. El señor de Albon estaba dotado de una de esas almas sensibles que adivinan los dolores y sienten vivamente la conmocion

que su torpeza ha producido involuntariamente. Respetando el silencio de su amigo, se alzó, olvidó su cansancio, y le siguió sin desplegar los labios, mohino por haber tocado una herida que probablemente no se había cicatrizado aún.

— Algun día, mi querido amigo, le dijo Felipe estrechándole la mano y dándole gracias por su mudo arrepentimiento con una mirada desgarradora, algun día te contaré la historia de mi vida. Hoy no sabría hacerlo.

Ambos continuaron caminando en silencio. Cuando parecía que se había desvanecido el dolor del Coronel, el Consejero volvió á sentir el cansancio, y con el instinto ó la voluntad de un hombre fatigado, sondeó con la mirada todos los espesores del bosque, interrogó las cimas de los árboles, examinó las avenidas, esperando descubrir algun albergue donde pedir hospitalidad. Al llegar á una encrucijada creyó distinguir un ligero humo que se elevaba de entre los árboles. Se paró, miró con profunda atencion, y reconoció, en medio de un inmenso matorral, las ramas verdes y oscuras de algunos pinos.

— ¡Una casa, una casa! exclamó con el gusto con que hubiera gritado un marino: ¡Tierra, tierra!

Después se lanzó veloz á través de un

jara bastante espesa, y el Coronel, que habia caído en profunda divagacion, le siguió allá maquinalmente.

— Prefiero hallar aquí una tortilla, pan casero y una silla, á ir á buscar á Cassan divanes, trufas y vino de Burdeos.

Estas palabras eran una exclamacion entusiasta arrancada al Consejero por el aspecto de una pared cuyo color blanquizo se destacaba á lo léjos sobre la masa negra de los nudosos troncos del bosque.

— ¡Ah, ah! esto tiene el aire de ser un antiguo priorato, exclamó de nuevo el Marqués de Albon, llegando á un enrejado antiguo y negro, desde el que pudo ver, en medio de un parque bastante espacioso, un edificio construido segun el estilo empleado en tiempos para los monumentos monásticos.— ¡Cómo sabian estos tunos de frailes escoger los sitios!

Con esta nueva exclamacion expresó el Magistrado el asombro que le causara la vista de aquel poético retiro solitario. La casa estaba situada de medio lado á la vuelta de la montaña, en cuya cumbre se asentaba el pueblecillo de Nerville. Los grandes robles seculares del bosque, que describía un círculo inmenso alrededor de esta vivienda, hacian de ella una verdadera soledad. La parte del edificio destinada antiguamente para viviendas de los frailes

daba al mediodía. El parque tendría unas cuarenta fanegas de tierra. Cerca de la casa se extendía una verde pradera accidentada por varios arroyuelos límpidos, y pequeños estanques que agraciaban el conjunto sin aparente artificio. Aquí y allí se elevaban algunos árboles verdes de elegantes formas y variado follaje. Además, ciertas grutas hábilmente aprovechadas, y varios terraplenes sólidos con sus escaleras en disminución y sus tramos mohosos, daban un aspecto particular á esta salvaje Thebaida. El arte había unido elegantemente sus obras á los más pintorescos efectos de la naturaleza. Parecía que las pasiones humanas habían de morir al pié de aquellos grandes árboles que impedían al estrépito mundanal llegar hasta el asilo, á la vez que atemperaban los rayos del sol.

— ¡Qué desórden! dijo el señor de Albon despues de haber gozado de la sombría expresion que las ruinas daban á este paisaje, que parecia maldito. Era como un sitio funesto abandonado por los hombres. La hiedra habia extendido por todas partes sus tortuosos nervios y sus ricos mantos. Musgos negros, verdosos, amarillos ó rojos distribuian sus tintas románticas por los árboles, los bancos, los tejados y las piedras. Las ventanas, carcomidas, estaban gastadas por las lluvias, agujereadas por el

tiempo; los balcones estaban rotos, y las terrazas demolidas. Algunas persianas se sostenian en un gozne solamente. Las puertas, desunidas, parece que no habian de resistir el empuje de un asaltador. Llenas de brillantes copos de muérdago, las ramas de los árboles frutales, olvidados, se extendian á lo léjos sin producir cosecha. Altos yerbajos crecian en las alamedas. Estas ruinas producian en el cuadro efectos de una poesia maravillosa, despertando en el alma del espectador vagarosas ideas. Un poeta hubiera permanecido allí abismado en profunda melancolía, admirando este desórden lleno de armonías y esta construccion que no carecia de gracia. En aquel momento algunos rayos del sol lucieron á través de las grietas de las nubes, é iluminaron con reflejos de mil colores este lugar medio salvaje. Las tejas, ennegrecidas, brillaron; los musgos resplandecieron; fantásticas sombras se agitaron sobre los campos, sobre los árboles; resaltaron los colores muertos; brotaron extraños contrastes, y los follajes se dibujaron en la claridad. De repente desapareció la luz. El paisaje, que parecia haber hablado, se calló y se volvió sombrío, mejor dicho, tornóse suave como la tinta más suave en un crepúsculo de otoño.

— Este es el palacio de la Bella del Bos-

Que Durmiente, pensó el Consejero, que ya no miraba la casa sino con ojos de propietario. ¿De quién será? Es necesario ser muy bruto para no habitar una posesion tan bonita.

Al mismo tiempo, una mujer se lanzó de debajo de un nogal plantado á derecha de la verja, y sin hacer ruido, pasó delante del Consejero tan rápidamente como la sombra de una nube. Esta vision le hizo enmudecer de sorpresa.

— Y bien, de Albon, ¿qué teneis? le preguntó el Coronel.

— Me frotó los ojos para saber si estoy dormido ó despierto, respondió el Magistrado, pegándose á la verja para volver á ver el fantasma.

— Probablemente estará bajo esta higuera, dijo él, enseñando á Felipe el follaje de un árbol que se elevaba por encima del muro, á mano izquierda de la verja.

— ¿Quién es ella?

— ¡Eh! ¿Qué sé yo? contestó el señor de Albon. El caso es que acaba de alzarse allí, delante de mí, continuó en voz baja, una mujer extraña, que más bien parece de la naturaleza de las sombras que del mundo de los vivos. Es tan esbelta, tan ligera, tan vaporosa, que debe ser diáfana. Su rostro es blanco como la leche. Sus vestidos, ojos y cabellos son negros. Me ha mirado al pa-

sar, y aunque yo no tengo nada de miedo, su mirada inmóvil y fria me ha helado la sangre en las venas.

— ¿Es guapa? preguntó Felipe.

— No sé. No la he visto más que los ojos en la cara.

— ¡Al diantre la comida de Cassan! exclamó el Coronel; quedémonos aquí. Tengo un capricho infantil por entrar en esta propiedad singular. ¿Ves esos marcos de ventana pintados de encarnado, y esos filetes rojos dibujados en las molduras de las puertas y postigos? Es posible que sea la casa del diablo, heredada de los frailes. Ea, marchemos tras la dama blanca y negra. ¡Adelante! exclamó Felipe con alegría ficticia.

En este momento, los dos cazadores oyeron un grito parecido al de un raton cogido en la trampa. Se pusieron á escuchar. El follaje de algunos arbustos rozados sonó en el silencio como el murmurio de una ola agitada; pero á pesar de que todo se volvian oidos para percibir nuevos sonidos, la tierra permaneció silenciosa y guardó el secreto de los pasos de la desconocida, suponiendo que esta hubiese andado.

— ¡Hé aquí una cosa rara! exclamó Felipe siguiendo los contornos de las tapias del parque.

Ambos amigos llegaron bien pronto á una alameda del bosque que conducia á la

aldea de Chauvry. Después de haber continuado este camino en dirección del de París, se encontraron frente á un gran enrejado, y vieron entonces la fachada principal de la misteriosa vivienda. Por este lado el desorden era completo. Grandes hendiduras surcaban las paredes de los tres cuerpos de la casa, contruidos á escuadra. Restos de tejas y pizarras amontonados en tierra, y techos desquebrajados, indicaban una incuria total. Algunas frutas habían caído bajo los árboles, y se pudrían sin que nadie las recogiese. Una vaca pacía á través de los bolingrines, y hollaba las flores de los acirates, mientras que una cabra rumiaba las verdes uvas y pámpanos de un parral.

— Todo es armónico aquí, y parece que el desorden está de algún modo organizado, dijo el Coronel tirando de la cadena de una campana que no tenía badajo.

Los dos cazadores no oyeron más que el ruido estridente de un resorte mohoso. Aunque muy derrotada, la puertecita practicada en la pared y cercana al enrejado resistió todas las tentativas.

— ¡Oh, oh! esto va siendo muy chocante, dijo aquél á su compañero.

— Si yo no fuera magistrado, contestó el señor de Albon, creería que la mujer negra es una bruja.

Apénas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando la vaca se acercó á la verja, y les presentó su caliente hocico, como si tuviera necesidad de ver criaturas humanas. Entonces, una mujer, si tal nombre merece el ser indefinible que salió de debajo de un grupo de arbustos, tiró de la cuerda de la vaca. Llevaba esta mujer á la cabeza un pañuelo encarnado, del que salían algunos mechones de rubios cabellos muy parecidos á la estopa de una rueca. No tenía manteleta, y una saya de burda lana rayada de negro y gris, y muy corta, le dejaba las piernas al descubierto. Creíase que pertenecía á una de las tribus de pieles-rojas celebradas por Cooper; porque sus piernas, su cuello y sus brazos desnudos parecían pintados de color de ladrillo. Ningun rayo de inteligencia animaba su estúpido rostro. Sus ojos azulados no tenían vida y estaban apagados. Algunos pelos blancos y ralos la servían de cejas. Finalmente, su boca estaba contorneada de tal modo, que dejaba salir unos dientes mal colocados pero blancos como los de un perro.

— ¡Ohé, buena mujer! gritó el señor de Sucy.

Acercóse lentamente hasta la verja, contemplando con aire simple á los dos cazadores, á cuyo aspecto sonrió penosa y forzadamente.

— ¿En dónde estamos? ¿Qué casa es esta? ¿Quién es el amo? ¿Quién sois? ¿Sois de aquí?

A tales preguntas y á un cúmulo de otras que sucesivamente le dirigieron ambos amigos, no contestó ella más que con gruñidos guturales, propios de un animal y no de criatura humana.

— Reparat que es sordo-muda, dijo el Magistrado.

— ¡Buenos-Hombres! exclamó la aldeana.

— ¡Ah! tiene razon: Esto puede ser muy bien el convento de los Buenos-Hombres, dijo el señor de Albon.

Comenzaron otra vez las preguntas. Pero, á semejanza de un niño caprichoso, la aldeana se puso colorada, jugó con su zueco, retorció la cuerda de la vaca, la cual se habia puesto á pacer, miró á los cazadores, examinó todas las piezas de su traje, gañó, gruñó, cloqueó, pero no dijo una palabra.

— ¿Cómo te llamas? la preguntó Felipe, contemplándola fijamente como si quisiera hechizarla.

— Genoveva, dijo riéndose con una risa imbecil.

— Hasta ahora, la vaca es la criatura más inteligente que hemos visto, exclamó el Magistrado. Voy á disparar un tiro para que acuda gente.

En el momento en que de Albon cogia su fusil, el Coronel le detuvo con un gesto, mostrándole con el dedo la desconocida que tanto les habia excitado la curiosidad. Esta mujer parecia sepultada en una meditacion profunda, y se acercaba á pasos lentos por una alameda bastante lejana, circunstancia que permitió á los dos amigos examinarla un buen rato. Estaba vestida de un largo vestido de raso negro, muy usado. Sus largos cabellos caian en abundantes bucles sobre su frente, al rededor de sus hombros, bajaban hasta más abajo de la cintura, y la servian de chal. Habituada, sin duda, á este desórden, rara vez se separaba la cabellera de las sienes; pero cuando lo hacia agitaba la cabeza con un movimiento brusco, y no tenia necesidad de repetirle para librar su frente y ojos de este velo tupido. Su expresion tenia, además, á semejanza de la de los animales, esa admirable seguridad de mecanismo cuya agilidad parecia un prodigio tratándose de una mujer. Los cazadores, admirados, la vieron saltar sobre la rama de un manzano y agarrarse á ella con la rapidez de un pájaro. Allí cogió frutas, las comió, y despues se dejó caer á tierra con la graciosa suavidad que admiramos en las ardillas. Tenian sus miembros una elasticidad tal que quitaba á sus menores mo-

vimientos hasta la apariencia de todo esfuerzo ó dificultad. Púsose á jugar sobre el césped en el que rodó como lo hubiera podido hacer un niño; y despues, de un golpe, extendió sus piés y manos, quedando tendida sobre la hierba con el abandono, la gracia y la naturalidad de una gata jóven dormida al sol; como se oyese á lo lejos el ruido del trueno, se volvió súbitamente y se puso en cuatro patas con la maravillosa destreza de un perro que siente venir á un extraño. A causa de esta rara actitud, su negra cabellera se dividió en dos largas bandas que cayeron por los lados de la cabeza, y dejó ver á los espectadores de tan singular escena unos hombros cuya piel blanca brilló como las margaritas en la pradera, un cuello cuya perfeccion dejaba adivinar la del resto de todas las proporciones del cuerpo.

Aquella mujer dejó escapar un grito doloroso, y se puso en pié. Sucediáanse sus movimientos tan graciosamente, ejecutábanse con tal prontitud, que más bien que humana criatura parecia una de las hijas del aire cantadas en las poesías de Ossian. Dirigiéndose hácia un estanque, sacudió ligeramente una pierna para que se desprendiera el zapato, y pareció complacerse en mojar su pié, blanco como el alabastro, en el agua, admirando indudablemente las

ondulaciones que producía y que se asemejaban á pedrerías. Despues se arrodilló al borde del estanque, se entretuvo infantilmente en anegar sus largas trenzas y en sacarlas de repente para ver caer gota á gota el agua de que estaban llenas, y que á través de los rayos del sol formaban como rosarios de perlas.

— Esta mujer es loca, exclamó el Consejero.

Un grito ronco, lanzado por Genoveva, sonó y pareció dirigirse á la desconocida, la cual se enderezó con viveza, separando los cabellos de los lados de la cara. En este momento pudieron el Coronel y de Albon ver distintamente las facciones de esta mujer, que, al percibir á los dos amigos, corrió saltando á la verja con la ligereza de una corza.

— ¡Adios! dijo ella con voz suave y armoniosa, pero sin que esta melodía, esperada impacientemente por los cazadores, pareciese indicar el menor sentimiento, ni la menor idea.

El señor de Albon admiró las largas pestañas de sus ojos, sus tupidas cejas negras, el cutis, de una blancura deslumbradora y sin el más ligero matiz colorado. Algunas pequeñas venas azules resaltaban sólo en la blanca tez. Cuando el consejero se volvió hácia su amigo para participarle la ad-